

NE QUITTEZ PAS
MAUBEUGE
 SANS AVOIR VU
 SON
CLAIR DE LUNE



EL CLARO

DE LUNA DE UN TAXISTA

**CON UNA CANCION INSPIRADA EN
 MAUBEUGE, PIERRE PERRIN SE
 HA CONVERTIDO EN MILLONARIO**

PIERRE Perrin, un muchachote rubio de pelo rizado, siempre sonriente, que se parece un poco a Charles Trenet, es hoy tan famoso en París como en Londres, Nueva York o Roma; sin embargo, no se ha repuesto aún de su sorpresa. Su canción «Claro de luna en Maubeuge» ha obtenido un récord de venta más asombroso todavía que el conseguido por «El tercer hombre». Este triunfo, sin precedentes, se expresa en los cuarenta y dos registros realizados en francés y en los veinte llevados a cabo en otros países. En este momento existen en las cinco partes del mundo un millón cuatrocientos mil discos que alaban, en media docena de idiomas diferentes, los atractivos de una pequeña ciudad francesa que los alumnos de bachillerato galos desconocen. Maubeuge no es siquiera —tégase en cuenta— ni subprefectura.

Pierre Perrin recorre las carreteras de Francia en su taxi beige-rojo —que ha bajado para siempre la bandera—, de recital en recital, siendo aclamado e invitado en cuantos sitios se detiene. Maubeuge le ha nombrado «ciudadano de honor». Todos sus ascendientes fueron marinos. El también lo hubiera sido si su madre —poco aficionada al mar (había perdido a su marido en una de las batallas de la última guerra)— no hubiera decidido trasladarse desde El Havre a París. En la capital, colo-



SIGUE



Perrin ha bajado ya, para siempre, la bandera del taxímetro de su coche. Se ha convertido en famoso. Ahora recorre Francia de triunfo en triunfo

«No serás nunca nada», le había dicho Peggy al abandonarlo. Pero las cosas cambiaron. Perrin puede contar hoy con millares de «fans» en el mundo





Un millón cuatrocientos mil discos en seis idiomas distintos; un éxito fabuloso de «Claro de luna en Maugenge», solo comparable al de «El tercer hombre»

cado en el Ministerio de Hacienda, Pierre podía consagrar muy poco tiempo a sus aficiones: la comedia, el «music-hall», la canción. No podía frecuentar tampoco los cursos de arte dramático. En cierto momento logró organizar un dúo interpretativo con un amigo, bajo la denominación de «Hermanos Eloy». Cuando esta nueva etapa de su vida se afianzaba, Pierre tuvo la «desgracia» de enamorarse locamente de una muchacha.

Se llamaba Peggy. Rubia, esbelta, era la «doble» de una «vedette» apenas conocida entonces; Brigitte Bardot. Trabajó relaciones con ella en 1953. Peggy tenía entonces diecinueve años. Ambiciosa, realista, esperaba de Pierre algo distinto de sus poemas, sus libros manuscritos y sus canciones.

Una tarde de 1956, cuando se hallaba esperando a su esposa, recibió una llamada telefónica. Al otro extremo, Peggy le decía:

—No eres ni serás nunca nada. Ni triunfarás. Me voy. No me busques. Mi decisión es irrevocable.

Pierre se encerró, desamparado, en su piso de la «rue» de Chazelles. Su madre, ya anciana, se fue a vivir con él. Una mañana, madame Perrin bajó a hacer la compra. Entre tan-

to, Pierre absorbió una fuerte dosis de somníferos, cerró puertas y ventanas y abrió la llave del gas.

—Tiene usted suerte, le dijeron a madame Perrin en el hospital Beaujon. Su hijo está salvado.

La suerte había sido el rápido regreso de la compra, la pronta llegada de los bomberos...

Perrin, ya curado, abandona para siempre —eso cree él en aquel momento— su interés por el «music-hall». Y se convierte en un taxista parisino más. Durante seis años escucha las confidencias de los clientes, les cuenta historias, y paulatinamente va recobrando el gusto de vivir. Peggy —ya sólo un recuerdo— pasa a protagonizar poemas y canciones.

El contador de su coche marca 115.000 kilómetros, y Pierre Perrin conoce París de memoria, cuando le llega la idea que lo haría millonario. Cansado de oír en las canciones de moda alabar el sol de Capri o de Río, rima una cancioncilla alegre:

*No, no, no, no.
Todo esto no vale
un claro de luna en Maubeuge*

¿Qué significa Maubeuge para él? Nunca ha puesto allí los pies. No ha visto una sola fotografía del pueblo. Solamente conserva vagas reminiscencias geográficas de sus libros de estudiante: imagino una ciudad negra con un cielo de hollín. ¿Por qué Maubeuge, entonces? Porque este nombre constituye algo así como un punto clave, una guía para todos los taxistas parisinos: se pasa inevitablemente por la calle Maubeuge cuando se vuelve de la estación del Norte. Esta casualidad hará de Perrin, en pocas semanas, un hombre famoso, y de Meubeuge —treinta y cinco mil habitantes— una ciudad sumergida bajo un aluvión de cartas y llamadas.

«No abandonéis Maubeuge sin contemplar su claro de luna.» Este letrero, instalado a la salida de la villa, prueba sobradamente la habilidad turística de sus dirigentes.

Perrin no entiende aún muy bien lo que ha ocurrido. Invitado y festejado por todos, recorre Francia de parte a parte, solo, sin empresario, sin agente de publicidad, sin nadie. Entre tanto, la canción ha franqueado las fronteras francesas y ya se escucha en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Estados Unidos...